**La hija de Abén Luhá**

**por**

**Maruxa Duart**

**LA HIJA DE ABÉN LUHÁ**

[Se alza el telón]

[Se escucha a alguien]

Los amaneceres se repiten a lo largo de la vida, únicamente hay que estar atentos al líquido sabor de su agua para que entren por nuestros sentidos, resbalen al corazón y enmienden nuestra cabeza hacia otro rumbo distinto, el que precede al ahogo del siniestro pozo en el que nos hallábamos incautados.

Una mujer cualquiera, en un lugar cualquiera, se encuentra en un momento crítico de su vida. Sin saber si seguir hacia adelante o parar, ante un inesperado desconocido y dos serpientes en el contexto de un desierto, viento, movimientos lentos y delicados, transcurre la obra.

Se alza el telón y aparecen dos figuras. Una en el centro, habla con un desconocido, vestido de negro de pies a cabeza. Alguien sustentado sobre una piedra de medio metro más o menos que no se ve y da la espalda al público.

FASHIA: No sé quién eres, pero necesito hablar. Soy Fashia. Nací en el tiempo de las piedras, que no en el del diluvio. Oí según contaban que fui concebida por amor y que mi padre, Aben Luha, fue generoso conmigo. De mi madre, la oscura Zara, apenas tengo recuerdo pues murió cuando apenas alcanzaba los dos años de edad. Entonces mi crianza corrió a cargo de mi padre quien inculcó en mí la parte varonil y guerrera. De sus tres mujeres, no puedo decir que fueran malvadas porque ninguna era igual a la otra, tampoco excelentes para mí, pero se encargaron de que no me faltara el abrigo necesario ni tampoco leche y miel, y tuve vestimenta decente.

FASHIA: Me destinaron una sirviente, Ashia, la criada de mi padre, de hecho es a ella a quien le debo la vida.

Ashia se apiadó, al morir mi madre, me amamantó dos años junto a sus dos cachorros gemelos y fue tan generosa que me quiso y educó como a una hija. Me inculcó a su manera el respeto y el deber a mí misma y a mis semejantes. Intentó ponerme a cubierto de las envidias y recelos mundanos para que no confundiera mi camino porque deseaba verme feliz y así crecí. Mi padre, un comerciante de clase media, no siempre fue honorable pero conmigo fue al menos lo que un padre y un hombre pueden serlo.

Ahora en estos días en que mi perdición está cerca, la agonía de mi culpa y mis remordimientos es tal que no puedo soportarla. “Alá, confieso mi arrogancia, confieso que he pecado como mujer lo que no hice como hombre”.

La sal del desierto se presentó un día en mi casa y la invadió, mi marido no se percató y mis hijos tampoco, todos debimos morir en ese momento porque la locura entró en nuestra casa.

FASHIA: Estoy a punto de perder la vida.

ENVIADO: ¿Por qué?

FASHIA: Es largo de contar.

ENVIADO: Empieza, tengo tiempo, te escucho.

FASHIA: No traicionarás cuanto te diga.

ENVIADO: No.

FASHIA: No te creo, todo el mundo utiliza cuanto sabe.

ENVIADO: Yo no.

FASHIA: No te creo pero da lo mismo. Lo he perdido todo. Nada es como parece. Mis hijos no son mis hijos...

ENVIADO: ¿Los has perdido?

FASHIA: No sé si los he perdido o me han perdido, sólo sé que ya no quiero estar con ellos.

ENVIADO: ¿Estás segura?, esas cosas son pasajeras.

FASHIA: Mi vida está poblada de telas de araña.

ENVIADO: ¿Los intereses de los demás te parecen telas de araña?

FASHIA: ¿Eres adivino? No lo sé. Intenté hacer el bien pero nada salió como yo pretendía.

ENVIADO: No hay nada perfecto.

FASHIA: Qué tópico más estúpido, te diré otro igualmente estúpido. ¿Conoces lo que dice la Sura respecto de los padres que tienen hijos? “Si teméis no ser equitativos respecto a los huérfanos no es caséis entre las mujeres que os gusten más que con dos, tres o cuatro. Si teméis aún ser injustos no os caséis más que con una sola o con una esclava, esta conducta os ayudará a no ser injustos”.

ENVIADO: ¿Dónde quieres ir a parar?

FASHIA: No sé qué se espera de mí. Sé que palabras de la Sura arruinan mis sentidos: ”A aquellos que se nieguen a creer en nuestros signos, los acercaremos al fuego ardiente. Tan pronto como su piel sea consumida por el fuego, los revestiremos con otra para hacerles probar el suplicio. Dios es todopoderoso y prudente”.

ENVIADO: Sigo sin saber qué es lo que me quieres decir.

FASHIA: ¿Cómo saber cuáles son esos signos? ¿Y si me atreviera a desafiarlos, se cumpliría la profecía? ¿Puedo ser mujer y abandonar a mis hijos? ¿Puedo ser feliz y cuerda tras haber procreado y abandonado a mis hijos a su suerte?

ENVIADO: ¿Por qué quieres hacerlo?

FASHIA: Tampoco lo sé a ciencia cierta. Porque quiero volar y ser libre y recuperar el tiempo que dediqué a guerrear por su formación, también quisiera recuperar el tiempo que perdí en educar a mi marido.

ENVIADO: ¿Por qué? ¿Crees que no ha valido la pena?

FASHIA: No. Los que pusieron su semilla para que germinara, hicieron que se rebelaran contra la que les dio la vida.

ENVIADO: ¿Tal vez te equivocaste?

FASHIA: Seguro, pero fui su madre y actué como tal.

ENVIADO: ¿Cuántos maridos tuviste?

FASHIA: Dos.

ENVIADO: ¿Los quisiste?

FASHIA: Al primero dejé de quererlo antes de prometerme, así pues, sólo al segundo.

ENVIADO:: ¿Qué crees que ocurrió?

FASHIA: Que su soberbia cegó su confianza en mí.

Mi segundo hijo creció con su familia y no me conoció. Su padre hizo que dudara de mí y no me escuchó. El árbol de mi hijo crecía torcido, pero mi segundo marido se negó a enderezarlo, su pereza se lo impidió, y su desconfianza me enterró hace mucho. Sé que soy una pobre mujer que tuvo dos hijos y dos maridos.

ENVIADO: Veo que no estás bien, así será más fácil cumplir mi cometido...

FASHIA: “Los que crean y obren el bien serán introducidos en los jardines regados por corrientes de agua; permanecerán allí eternamente, hallarán allí mujeres exentas de toda mancha y deliciosas sombras”, eso dice la Sura. La mujer deberá de ser el reposo del guerrero, la sombra de su marido, su sostén, y el de sus hijos. Yo sólo soy si acaso la conciencia de los míos, la que obliga sus mentes y eso me pesa tanto que me quiero morir.

ENVIADO: Así los conviertes en tus verdugos.

FASHIA: Que así sea, como madre no puedo hacer otra cosa.

ENVIADO:¿Y cómo mujer?

FASHIA: Como mujer no estoy dispuesta a servir a nadie. Los varones gozan de impunidad, la ley no ampara a las que hemos nacido varonas. Para los míos soy escoria. Nadie me escucha, si acaso soy una triste voz histérica que clama en el desierto, nadie me oye, a nadie le interesan mis consejos. Mis hombres están henchidos de plumaje grueso, no aceptarán que una pobre mujer les rectifique, que una débil mujer, les obligue a comportarse. Los míos quieren ser libres de compromisos y es mi hombre varón el que les guía en esta equivocada empresa. Mis gritos son su escudo, mis lloros sólo conducen a la decepción, mi desesperación es su escapatoria.

¿Acaso debo dejarlos solos para que como arbustos crezcan al libre albedrío? ¿Qué bebo hacer? ¿Cuál mi lugar? ¿Acaso debo dejar de ser una guerrera como me enseñaron por el hogar de los míos? ¿Puede crecer la simiente de mi prole sin mi ayuda? ¿Acaso estoy equivocada y el camino que pretendo para los míos no es el que ellos hubieran elegido? ¿Qué debo hacer?

ENVIADO: Estás confusa.

FASHIA: Necesito consejo pero temo airear mis problemas y que no sean considerados como tales. Me preocupa ir a otros con mis preocupaciones quizá para nada ¿Podrán ellos resolver algo? ¿Puede algo cambiar? ¿Puedo yo incidir en la decisión de mis hijos, debo hacerlo?

ENVIADO: Quizá quieras pesar sobre tus hombros una excesiva carga. Haz lo que puedas. Prueba a que carguen los tuyos con su carga, duerme en paz y sé feliz, en ningún sitio está escrito que debas sufrir para vivir.

FASHIA: No puedo escapar a mi destino. En la Sura se dice: “Si se anuncia a alguno de ellos el nacimiento de una hija, su rostro se nubla y se pone como sofocado por el dolor...” No te das cuenta de que nací hembra, si quiero ser una mujer de ley no osaré actuar como cualquiera de los hombres de mi familia, viviré y sufriré por y para ellos, así dicen los sabios que lo quiso Alá y así debe ser.

No soy una iletrada, conozco nuestras leyes aunque algunas no las comparta o entienda del todo. ”Si vuestras mujeres cometen la acción infame llamad cuatro testigos. Si sus testimonios concurren contra ellas, encerradlas en casa hasta que la muerte las lleve o hasta que Dios les procure algún medio de salvación”.

ENVIADO: ¿A qué acción infame te refieres?

FASHIA: No lo sé pero esas son las palabras de nuestra tradición.

ENVIADO: Puede que esos sabios no conocieran en verdad a las mujeres, o puede que las odiaran o puede que utilizaran su situación de privilegio y de letrados en su provecho y utilizaran su condición para servirse de las mujeres.

ENVIADO: ¿Has pensado en irte lejos y vivir sola?

FASHIA: ¿Adónde llegaría una pobre mujer como yo? ¿Cómo cruzaría el gran desierto? Enseguida notarían mi ausencia e irían e mi busca. De inmediato sería una adúltera o lo que es lo mismo una Zina. ¿Sabías que en los comienzos del islamismo se emparedaba a la mujer culpable de adulterio? La tradición prescribía la lapidación.

ENVIADO: ¿Es esto lo que dicta el Corán?

FASHIA: No, estas palabras no se encuentran en él. El Corán manda a las mujeres que creen, que humillen sus miradas y que observen la continencia, que no dejen ver de sus adornos más que lo que está en su exterior, que cubran sus senos con un velo, que no dejen ver sus encantos más que a sus maridos o a sus padres o a los padres de sus maridos, a sus hermanos o a los hijos de sus hermanos, a los hijos de sus hermanas o a las mujeres de éstos o a sus esclavos o a los criados varones que no necesitan mujeres o a los niños que no distinguen todavía las partes sexuales de una mujer.

ENVIADO: No sé de qué te extrañas, todas las religiones dicen más o menos lo mismo.

FASHIA: Mi extrañeza nace de mi falta de entendimiento. ¿Por qué los varones de mi pueblo se empeñan en poner palabras blasfemas en nombre de Dios?

ENVIADO: Rara y reflexiva mujer, ¿de qué hablas ahora?

FASHIA: Hablo de lo que dice la Sura: “Los hombres son superiores a las mujeres, a causa de las cualidades por medio de las cuales Dios ha elevado a éstos por encima de aquellas”. Pero la Sura también hace preguntas, y algunas, como la que siguen, me llenan de dudas y zozobra: “¿Atribuirán a Dios como hijo un ser que crece en medio de los ornamentos y de los adornos y que está siempre disputando sin razón?” Esto dice la Sura y a continuación lo explica:”A causa de su razón defectuosa, la mujer está siempre dispuesta a buscar camorra sin motivo”.

Los árabes idólatras consideraban una desgracia el nacimiento de las hijas, y a veces se desembarazaban de ellas enterrándolas vivas.

ENVIADO: Sufres demasiado por nada, si leyeras la Biblia de los cristianos encontrarías las mismas palabras. Es cierto lo que dices, la historia y vuestras religiones os han relegado y condenado injustamente. Hombres que no os amaban, hombres que no os conocían, hombres arrogantes y soberbios, hombres errados..., os han juzgado según su conveniencia y han alterado las páginas de la historia condicionando vuestra existencia durante siglos. Mahoma no puede condenarte, sabido es que tenía varias mujeres a la vez y que pasaba alternativamente la noche con cada una de ellas. Ocurrió que una noche, reservada a Hansa, se acostó con María la Cofra, la cual había sido enviada por Mokawkas, gobernador de Egipto. Esta conducta ofendió en grado sumo a Hansa, y le dirigió al profeta tan duros reproches que Mahoma jurole por completo romper con María para calmar aquélla. Como ves también él era humano y erraba, lo hizo al romper el pacto, no tienes por qué creerle y confiar en todo. Es en tu corazón en quien debes confiar. Entiendo por qué me has llamado, pero no creo que debas morir aún.

FASHIA: No eres como me habían contado. Aunque no puedo ver apenas más que tu sombra, tu voz y maneras no son como los imaginaba.

ENVIADO: Puedo ser como tú desees, estoy aquí para complacerte.

VOZ: Fashia había estado de espaldas todo el tiempo pero en ese momento su velo de transparencias turquesas se elevó y sus pies giraron en redondo buscando al recién llegado hasta que sus frentes casi rozaron.

FASHIA: Tienes nombre de mujer pero pareces hombre.

ENVIADO: Soy lo que tú quieras. Eres tan hermosa como lo es la arena de tu tierra, es una pena que desees segar tu vida tan pronto. Tus ojos negros son como inquietantes carbones encendidos que desbordan pasión. Tus cabellos largos aún tienen la fuerza de los hilos de seda. Tu cuerpo es capaz de muchas aventuras. Me gustan tus perfumes, se nota que eres maestra en la vida.

FASHIA: Gracias por tus cumplidos. En cuanto a lo que dices no deja de ser paradoja oírlo de tus labios.

ENVIADO: ¿De los labios de tu verdugo quieres decir?

FASHIA: No lo diría así, soy yo quien te ha llamado, no lo olvido.

ENVIADO: A medida que tus palabras y conceptos fluyen, tu maestría se asienta. Hablas con el corazón y piensas con la sabiduría de los ancestros, seguro que eres docta mujer, tu reflexión no viene sólo de la vida. Hablas por boca de muchos.

Creo que es un defecto de la mente el que estorba tu espíritu. Debes ver a tu médico, él te dará la pócima que necesitas para serenar tu espíritu y ver con más sosegamiento lo que te conviene, no te precipites.

VOZ: De repente el semblante de la mujer se tornó sombrío. Su cara se desgarró posesa, y el aire de sus palabras se enrareció. Fue el carbón quién quemó su pensamiento iluminado fugazmente por el recién llegado. Las lágrimas arrasaron su cara cobriza, y el sudor pegó los pelos negros de su frente salada.

FASHIA: ¿Es que no ves que me encuentro encadenada a estas paredes? Mi marido está obcecado y aunque creo que el cariño que me dice tener es sincero, mis palabras no llegan a sus oídos sino que se disuelven en cálidos sonidos dispersos que él disipa como a una mala música.

ENVIADO: Me caes bien, si quieres puedo darte la llave.

FASHIA:¿Escapar? No podría ¿Adónde iría sin los míos? ¿Qué sería de mí? ¿Una pobre mujer como yo que ha sido educada por sus leyes y su familia para proteger a los suyos nunca haría eso? ¿Quién me proporcionaría el aliento para vivir? ¿Qué sería vivir con la culpa de verme sin los míos? La pena no lo dudes, me mataría.

ENVIADO: Con el tiempo quizá...

FASHIA: El tiempo aumentaría el peso de mi pesadumbre, me haría rancia como el vinagre y mis cabellos de humo te espantarían.

ENVIADO: ¿Y si haces que los maten? No te sería difícil contratar a alguien que lo hiciera por ti.

FASHIA: ¿Qué locura es esa? ¿Acaso tú no has tenido madre hija de madres? ¿De qué pasta estás hecho? Ellos deben agotar el río de la vida, soy yo quien no quiere cruzarlo. Además estoy segura de que mi sacrificio me será reconocido en la otra vida.

ENVIADO: Tras tu polvo sólo habrá polvo.

FASHIA: Veo por tus palabras que eres cruel y que no te enseñaron a ser conmiserativo.

ENVIADO: Sólo soy un mensajero de paso y ni siquiera he sido nacido de la tierra ¿Pero

y tú? ¿Dónde está el guerrero del qué me hablaste?

Fashia se encerró en sí misma por un tiempo, el suficiente para decidir si quería la llave y volar. Dentro de un tiempo volvería o no. Si alguien de los suyos la buscaba, la encontraría. Despidió al mensajero rogándole que le tuviera un poco de paciencia. El mensajero de la muerte sonrió alejándose, el tiempo era algo de lo que podía disponer... VOZ: En la noche, vio llegar ruidosas tres serpientes que le enseñaron sus lenguas, Fashia preparó un caldo y les dio de beber, luego ellas le mostraron la salida. A poco llegó al desierto, las serpientes arrastraban su cuerpo sin esfuerzo marcándole el camino, ella lo agradeció y las siguió.

[Se cierra el telón]

-FIN-